

VIEJAS POSTALES DESCONOCIDAS.

EL INFIERNO DE LA COLLA DE SAN MUS

Por Federico Villoch.

Bailes de Carnaval

1940

NUESTRO carnaval de 1940, como se vió en su oportunidad, fracasó de manera absoluta en el paseo; y la causa no fué otra que el uso de los automóviles cerrados; pero en los salones de las sociedades de recreo, el Centro Asturiano, el de Dependientes, el Gallego, etc., se presentó tan pujante y alegre como en sus mejores tiempos. La humanidad necesita una vez al año echar por la borda sus preocupaciones y pesares; y decirle las verdades del barquero al pinto de la paloma.

Refiriéndose al carnaval, cierto filósofo cursi dijo que en esos días el ser humano se cubría el rostro para desnudarse el alma; y también pudo agregar que, así como se estima la borrachera una extensión del carácter, podría decir que el carnaval es la embriaguez de la vergüenza...

En cuanto a los bailes de Tacón y de Irijoa, Pero Grullo diría que como ya no existen aquellos teatros, lógico es que tampoco existan los bulliciosos y concurridos bailes que en ellas se daban. Recientemente tuvimos ocasión de encontrarnos en el cine «Alkazar» el que fué nuestro entusiasta colaborador en nuestra producción dramática, el aplaudido escenógrafo Nono Noriega, y al preguntarle la causa de que este año no figurasen en el paseo de carnaval sus artísticas carrozas, ni las de Miguelete y otros artistas sus colegas en el arte del cartón piedra, la cola y el almazarrón, nos contestó sin disimular su descontento:

—Es que la «mascarada política» le ha hecho competencia a las «máscaras del Malecón», y de rechazo hemos sufrido las consecuencias nosotros los pintores.

Como nuestro buen compañero Nono tiene cincuenta o sesenta años, en la escala de los recuerdos, menos que nosotros, aprovechamos la ocasión para hablarle de una época que él no conoció, y en la que hubiera ganado a montones la plata, dado su arte y maña para la fabricación de carrozas, figuras y demás trastos carnavalescos. Los hambrientos distraen, o exacerban, su apatito, hablando de comidas...

—Aquel infierno de la Colla de Sant Mus —le dijimos— no tenía nada que envidiarle al verdadero que cantó en inmortales tercetos el poeta florentino. Al pasar en estas silenciosas y aburridas tardes carnavalescas frente al enorme edificio que se construye en la Calzada de Galiano, entre Neptuno y

Concordia, en el sitio en que hace más de medio siglo se hallaba instalada la alegre y popular sociedad de recreo y adorno de los catalanes, ya citada, han venido a nuestra memoria aquellas infernales, artísticas y complicadas imitaciones del Averno, en que la Habana del año 86 dió rienda a sus expansiones carnavalescas. ¡Qué encanto el de las jóvenes Margaritas, pasearse por aquellas grutas, del brazo de los esbeltos y gentiles Faustos, que las halagaban con sus declaraciones amorosas; y qué miedo tropezar, se con Mefistófeles en aquellas enrojeadas cavernas y peligrosos vericuetos, colmados de repulsivas alimañas!...

Al entrar por la Calzada de Galiano, se veía al fondo un paisaje fantástico, que representaba un cielo aborrecido, viéndose la luna llena semiocultada entre aglomeraciones de nubes, y rielando sus reflejos en un río, seguramente el mismo del que dijo Núñez de Arce en su poema «La selva negra»: «ancho río de lágrimas corría». Una vez pasados aquellos umbrales, se veía una gruta inmensa, llena de resplandores rojizos. Tres puertas comunicaban a la caverna grande viéndose en la puerta de en medio al gran Cancervero con sus tres horribles cabezas, soltando venenosa baba por entre sus fauces abiertas. El interior lo formaban seis cavernas con grandes moles de rocas amarradas con gruesas cadenas. Entre los huecos de las rocas veíanse enroscadas monstruosas serpientes, con su piel brillante y escamosa rodeadas de dragones, sapos, lagartos, lechuzas, demonios y otros bichos infernales...

La entrada por la calle de Neptuno, era una inmensa peña agrietada que conducía al interior por un tortuoso laberinto de rocas; y la entrada por la platea del teatro era un gran monstruo como aquel que describe el Dante, que se tragaba los condenados y vomitaba demonios. En el escenario del teatro se levantaba el trono de Plutón, ante la gran caldera del feroz Pedro Botero.

Los jóvenes que empezábamos entonces a pulsar la lira, teníamos el gusto de ir aplicando a todo lo que, con mayor o menor intensidad impresionaba nuestro espíritu, alguno de los paisajes poéticos que conocíamos por nuestras acuciosas lecturas. Recorriendo aquellos departamentos infernales íbamos recitando in mente pasajes de la Divina Comedia, entre otros aquel en que se encuentran Beatriz y el Dante:

E la m.apare si con egli apare,
subitamente cosa que disvia
per maraviglia tut altri pensare...

Y al ver una reproducción del diablo, lo veíamos andar, como dice el citado poeta:

A guisa di leon cuando si posa...

La barca de Caronte nos recordaba al «Don Juan de los Infiernos», de Baudelaire:

Cuando bajó D. Juan al subterráneo abismo, pagado ya a Caronte el óbolo supremo, un mendigo sombrío, seguro de sí mismo, el puño fuerte y duro colocó en cada remo...

Aun alumbraba el camino del poeta el sol romántico; pero andando los años, ante las prosaicas y duras realidades, cantaba:

Buseo y persigo en vano al Dios que me (abandona;

la noche irresistible se ciñe su corona y reina, húmeda y negra, llena de escalofríos; nada por las tinieblas un olor sepulcral, y el pie miedoso da, cerca del aguazal, con imprevistos sapos y con limacos fríos.

Para animar y «encender» el entusiasmo de la concurrencia y de los transeuntes que circulaban por Galiano y demás calles adyacentes, se quemaban en el patio de la Colla durante estas fiestas carnalescas, vistosas piezas de fuegos artificiales preparadas por el popular y reputado pirotécnico Lucio Ibáñez, que vivió durante mucho tiempo en la calle de Cárdenas; y cuyo nombre figuraba en los programas de todos los festejos que se celebraban en la capital y pueblos inmediatos. Más tarde substituyó a Lucio Ibáñez en su industria infernal, el pirotécnico Taracido, que murió quemado en su laboratorio de la Calzada de San Lázaro, al hacer explosión varias piezas que preparaba para las fiestas de Nuestra Señora de los Desamparados de Monserrate.

En nuestros viejos papeles amarillos guardamos varios carnets de bailes, en los que se leen nombres queridos, «con letras ya borradas por los años», de aquellas temporadas de carnaval, que vamos a reproducir, tal vez reavivando al mismo tiempo la memoria de algunos de nuestros asiduos lectores. La orquesta la dirigía José del Carmen Olivera.

Día 7.—Domingo de Carnaval. Gran baile de socios; «Pedro Botero».

Día 8.—Lunes, gran velada humorística, fantástica, piramidal e infernal de socios.

Día 9.—Martes, tercer gran baile de pensión: «Vulcano».

Día 14.—Domingo de Pifiata, cuarto gran baile de socios: «Caron».

Día 21.—Domingo de la Vieja, gran baile de pensión, «Las Parcas».

Día 27.—Jueves gran baile extraordinario de socios, «Pirron».

Día 28.—Domingo de la Sardina, gran baile de pensión «Proserpina», orquesta primera de Félix Cruz.

El entierro de la Sardina era uno de los números más pintorescos del paseo del Prado y Carlos III.

La comisión ejecutora de las sorprendentes obras que transformaron el local de la Colla de Sant Mus estaban dirigidas por los siguientes señores:

Dr. Antonio Jover: inspector general.

Don José Toraya: director facultativo.

Francisco Piera: director artístico.

Figurando también como auxiliares los señores Figueras, Companyó, Pujol, Sadurni Roca, Carrancá, Lamorena, Albiac, Montells, Riera y Angel. Una de estas noches se dió un concierto infernal que resultó muy divertido, cantándose por aplaudidos aficionados trozos de «Roberto el Diablo», y el brindis de «Mefistófeles», de Fausto...

Leemos en nuestros carnets los nombres de las señoritas Panchita Comas, Amelia Giol Anita y Blanca Bosque, Manuelita Sampere Teresa y Angelita Dasca, señoritas Tomatl Scull, Rabell...

Cuando Francisco Piera, director artístico de estas obras infernales que se llevaban a cabo en la Colla, terminaba su tarea diaria y volvía de tarde a su casa con visibles demostraciones de agotamiento y cansancio, al verlo remontar la Calzada de Galiano hacia la calle de San Rafael en que vivía, en la azotea de la botica de Rovira, las agentes, como los ciudadanos florentinos al paso del Dante, decían de él, con terror supersticioso:

—¡Ese hombre ha estado en el infierno!

Estaba ya escogido por Satanás, cuyo reino osó profanar convirtiéndolo en morada carnavalesca de la risa. Pocos años después el infeliz Piera moría en el incendio que tuvo lugar en la citada casa de San Rafael acorralado por un infierno de llamas que lo carbonizaron. En su último momento, prisionero de aquellas llamas, el artista catalán se creería seguramente víctima de una horrible pesadilla, caído en el centro mismo de aquel INFIERNO DE LA COLLA DE SANT MUS, que él había creado y dado vida y realidad con su propio ingenio.

M. Jover 10/10/10

